

Galera infantil



ZORAIDA VENNONAH SAN ROMAN

Ríe cortesana

*Ríe cortesana, ríe con tu risa
alegre y sonora como una canción.
¿Que los años corren, lijeros, de prisa?...
¡Ríe cortesana con tu dulce risa,
no sientas lo bueno de tu corazón!*

*Frescas son tus rosas, dorado tu vino...
¿Que te falta aquello que llaman virtud?
No te importe el mundo: bello es tu destino;
¡Volcará sus flores siempre en tu camino,
la cesta sagrada de la Juventud!*

*A pesar de todo yo te encuentro triste.
Yo sé los motivos de tu malestar:
piensas en aquella que se ha muerto y fuiste...
Olvida el recuerdo de lo que no existe,
¿á qué la amargura? ¿para qué el llorar?*

*Yo también tenía una tristeza honda
de vivir sin ansias, sin hogar, sin fe.
Llegaron las dichas en alegre ronda
y la primavera, con su rubia blonda,
ocultó el pasado y aquello que fué!*

*¿Que tarde ó temprano siempre el tiempo arranca
de nuestros ensueños el claro arrebol?
Esa voz amiga, no te ha sido franca...
Han pasado siglos y la luna es blanca,
azules los cielos, luminoso el Sol!*

*Ríe cortesana, ríe con tu risa
alegre y sonora como una canción.
¿Que los años corren, lijeros, de prisa?...
¡Ríe cortesana con tu dulce risa!
¡No sientas lo bueno de tu corazón!*

JULIO J. CASAL.

La Rochelle, 1909.

El señor Wilson

— Ahí está el señor Wilson — me decía un amigo, hablando fuerte para hacerse oír, debido al murmullo reinante en el café.

Y era cierto: el señor Wilson acababa de entrar. Era él un hombre alto, moletudo y cuyo abdómen penetraba al café un minuto antes que el resto de su cuerpo. Sportman entusiasta, en cuanto le veían los aficionados, se congregaban en su torno para recibir alguna lección del maestro... Todos le admiraban y respetaban. Sus opiniones eran consideradas como insuperables. Tratándose de carreras, el caballo designado por nuestro hombre era el blanco de las apuestas de sus secuaces. Su prestigio tuvo de lecho unos *tongos* preparados por él, y ahora que la suerte no le acompañaba, el señor Wilson atribuía sus fracasos á las malas jugadas de los corredores, á que el animal estaba enfermo y no se había advertido, ó ya á que lo habían vareado mucho; en fin, á un sinnúmero de contratiempos. Cuando sus admiradores no le consultaban, entonces él traía la noticia de sus triunfos y obsesquiaba á los amigos, derrochando el dinero ganado, que aun cuando no era tal, lo hacía para mantener su prestigio de maestro en la cosa.

Yo no tenía amistad con el sportman, y ardía en deseos de entablarle una conversación; así es que en cuanto mi amigo me advirtió la presencia de aquel *abdomen*, influí para que le llamase, y luego de la presentación, hablamos. Súbitamente, me preguntó:

— ¿Ha estado Ud. en el Hipódromo? ¿Y en la Plaza de Toros?